

Respecto a la identidad cultural

La identidad cultural es un proceso que se expresa a través del lenguaje, de la construcción de símbolos y estereotipos que el ser humano va construyendo o consumiendo a lo largo de su vida; no es un fenómeno que pueda explicarse en sí mismo como un proceso racional de conocimiento y aprehensión de la realidad. Las personas racionalizan su mundo, pero también lo viven a través de sus emociones y sentimientos.

El contenido simbólico y emotivo de todo acto social, económico, y político, es aquello que conduce a la formación de un sentido de identidad cultural.

La identidad humana se da en el proceso mismo de desarrollo de la personalidad. Definimos el término de identidad como el conjunto de lazos y descubrimientos que vamos construyendo y encontrando hacia fuera y hacia dentro de nuestro sí mismo, de nuestro ego.

La realidad que vivimos es aprensible a través del juego de los contrarios. Descubro mi singularidad y diferencia por la existencia de los otros.

Como ser social, el ser humano crea comunidades que hilan su existencia y posibilidad de subsistencia frente al futuro, a través de puntos de encuentro, de identidades. Estas identidades se fortalecen a través del lenguaje, los símbolos y la producción material de objetos, hechos y procesos culturales.

Los seres humanos inventan e innovan respuestas para hacer frente a las peculiaridades de la naturaleza y de la sociedad en la que viven y con la que conviven. Otorgan significado al orden que crean y descubren, dan valor a las prácticas específicas que les permite vivir de acuerdo a la dinámica propia entre tradición e innovación.

Nuestras identidades tienen una estructura ideoafectiva, esto es que es tanto racional como emocional. Los recuerdos de los sonidos, los aromas, los sabores, las imágenes y sus colores, inclusive las temperaturas, van construyendo un espacio que va de lo simple a lo complejo. Esos recuerdos actúan con o paralelamente a nuestra racionalidad aprendida y desarrollada.

La cultura construye a través del tiempo y de manera colectiva, el sentido de vida que tiene el transcurrir de nuestra existencia. Un dato revelador que nos lleva a dar importancia fundamental a este hecho, es aquel por el cual las culturas que han perdido con mayor o menor rapidez sus niveles de identidad cultural, y por tanto de sentido, sufren fenómenos acelerados de descomposición significativa,

que se traduce en prácticas de evasión y autodestrucción tales como el suicidio, el alcoholismo o la drogadicción.

Un proceso de identidad colectiva se construye como respuesta simbólica tanto ante la adversidad y la incertidumbre, como en el cambio y la innovación. Por ejemplo, muchos pueblos se encontraban en siglos pasados (y en algunos casos todavía hoy día) frente a un alto grado de mortandad infantil, desde el momento del parto hasta los primeros años de vida, el rango promedio de vida de una persona se situaba en los cuarenta años, una sequía o una epidemia podía desaparecer un pueblo entero. Así los seres humanos fueron construyendo rituales simbólicos para “atar el tiempo”, para lograr que la vida continuara en su circularidad vital. El concepto de ritual nos refiere a *rit*, que quiere decir ordenar. Los rituales pueden constituir medios para participar del orden de la naturaleza, desde una perspectiva mística.

Los pueblos tradicionales conciben al tiempo, no de una manera lineal, de fechas, sucesos individuales o colectivos y etapas ineludibles en el desarrollo de la historia, desde una perspectiva racional, como en occidente. En contraste conciben al tiempo como un eterno retorno que hace posible la vida misma; y los rituales a través de ceremonias religiosas y fiestas tradicionales, aseguran que el ciclo circular de la vida: de siembra, madurez, cosecha y descanso de la tierra continúe.

Un ritual es puesta en escena, repetición de un orden inicial de la vida, con sus fuerzas positivas y negativas; adquiere la consistencia que da la memoria de las respuestas que el pueblo ha dado para sobrevivir.

Un ejemplo nos lo dan las comunidades campesinas que rechazan el cambio de cultivos del maíz, aún cuando los mercados les demuestran que otros cultivos son más productivos económicamente. Sin embargo, el maíz constituye en la memoria de la tradición cultural, la única seguridad de su sobrevivencia en tiempos difíciles; el maíz ha adquirido a través del tiempo una significación sagrada (la palabra sagrada viene de sacro, secreto) tiene el secreto de la sobrevivencia comunitaria.

Así, en las sociedades tradicionales, la identidad es la cohesión a una memoria y a una interpretación de la vida. La tradición cultural, expresada a través de la religión, las cosmovisiones, el arte, la comida, la lengua, los roles y la organización social, entre otros elementos culturales, constituye el eje que una cultura ha adoptado a través del tiempo para sobrevivir y valorarse a sí misma.

Las identidades en las sociedades contemporáneas también se estructuran de manera compleja a través de los elementos de la cultura. El sentido de vida de los individuos y de sus colectividades se estructura también a través de la vinculación con el patrimonio cultural mueble, inmueble e intangible, expresado entre otros elementos, a través de las religiones institucionalizadas o los nuevos movimientos

espirituales, de los lenguajes artísticos, de las industrias culturales, de la participación política y laboral.

Lenguaje y simbolismo

La cultura puede acercar al ser humano a un descubrimiento de sí mismo que le permita acceder a una nueva dimensión de su conciencia. El camino para llegar a este estado necesita ser explicado y comprendido: la relación ser humano – cultura puede ser descrita como "una larga conversación".

Pero las conversaciones sólo se establecen por medio de un lenguaje. Nada que no esté estructurado como lenguaje puede comunicarse de una manera coherente. La coherencia es inherente a los lenguajes, del tipo que sean. Por ello un acercamiento con la cultura implica comprender sus lenguajes y significados.

Signo, símbolo, mito y rito.

La estructura del lenguaje de la cultura se expresa a partir de estos cuatro elementos. Procederemos a explicar qué es cada uno de ellos y cuál es su interrelación:

Un signo es cualquier cosa que exista: una letra, una piedra, un sonido, un color, un rostro, etcétera. Un signo es algo que existe. Lo importante es advertir que ese algo está aislado; no tiene contexto, está liberado de una asociación que brinde un significado.

Por ejemplo: las letras **b r a l o** no significan nada, al menos en español, pero si alguien se lo propone puede formar la palabra árbol que ya es un símbolo porque es una asociación de signos que nos dan a comprender una realidad.

La palabra **árbol** no es el árbol mismo, pero cuando nos la mencionan comprendemos perfectamente bien a qué se refiere.

Un símbolo es un puente para comprender significados. Un signo no significa nada si no está ordenado y si no está en un contexto determinado.

Ejemplo: para un agricultor la palabra árbol significa un organismo vegetal, un individuo biológico con tales y cuales funciones. Para un neurocirujano árbol significa un conjunto de formaciones neuronales que están abajo del bulbo raquídeo; para un cabalista, la palabra árbol significa un esquema del cosmos, y así podríamos seguir con múltiples ejemplos.

Una palabra, un símbolo -color sonido, forma, etcétera-, representa cosas distintas, dependiendo del contexto donde esté inscrita.

Símbolo es una palabra compuesta por dos raíces griegas: *sym*, que significa unir y *bollein*, que significa representar.

Un símbolo es una asociación de signos que representa algo unido de un solo golpe: una sola emisión de voz, un solo golpe de ojo, una sola palabra escrita que puede decir muchas cosas juntas.

Por ejemplo, cuando escuchamos la palabra "padre", comienza una evocación de un rostro, de las experiencias vividas, de las cosas que nos agradaron y nos desagradaron de la convivencia con la persona que inmediatamente viene a nuestro recuerdo cuando escuchamos esta palabra. De un sólo golpe evocamos una serie de elementos que en nosotros es el padre. Sin embargo, con las mismas letras podremos formar la palabra "pared". Son los mismos signos, pero el símbolo es distinto.

Un mito no es cualquier historia, ya que representa un conjunto de símbolos organizados de una tradición cultural, que nos muestran parte de su sabiduría, de sus orígenes o de su visión del mundo. Si un símbolo es un conjunto de signos, un mito es un conjunto de significados simbólicos generados y/o preservados al interior de una comunidad humana.

Por ejemplo: si tomamos los símbolos "niño", "pesebre", "virgen", "establo", "José", "estrella", "Reyes Magos", "burro", "vaca", "borrego", etcétera, tenemos a nuestra disposición la materia prima para armar la historia de un niño que nació en un pesebre, de una madre virgen y de un señor de nombre José y que fue visitado por los Reyes Magos bajo el anuncio de la estrella de Belén. Podemos decir que hasta los animales como el burro, la vaca y el borrego estaban a los pies del pesebre.

Este mito lo puedo construir sólo si hay un hilo conductor de los símbolos. Un mito es una guía organizada de los símbolos que quieren transmitir un mensaje específico. Pero si consideramos que el mito tiene una característica esencial que consiste en que está liberado de tiempo y de espacio, entonces surge la necesidad del rito.

Los que saben de mitos nos han transmitido la idea de que las cosas que nos narran sucedieron en algún tiempo y en algún lugar hoy desconocidos, *in illo tēmpore*: Teotihuacán, Tula, Adán y Eva, Camelot, Temoanchán, todos los dioses y diosas de todos los panteones, todos los mitos, son concebidos por la mente humana como los sueños: sin tiempo ni espacio.

Pero para actualizar esos mitos aquí, en nuestro tiempo y en nuestro espacio, las diversas culturas a lo largo del tiempo y del planeta han utilizado un recurso casi teatral, una herramienta de representación (para volverlos al presente) de aquello que ocurrió... en aquel tiempo, en aquel lugar...

De ahí nacen los actos ceremoniales, del deseo humano por volver a revivir aquel suceso que es el fundamento de una comunidad, de una institución, de un país, hasta de una persona: los cumpleaños, los aniversarios natales o luctuosos, las ceremonias religiosas, todos los actos de evocación son ritos. Y cabe decir que los símbolos, mitos y ritos son contruidos por los seres humanos de acuerdo a los significados y a los lenguajes de una cultura específica.

No podemos leer a la cultura mesopotámica con los símbolos aztecas. Tenemos que ubicarnos en una dimensión de analogías y correspondencias para poder interpretar adecuadamente lo que se nos quiere transmitir. Aquí entra la necesidad de establecer un lenguaje.

Lenguaje.

Un lenguaje es un código de significados que nos permite comunicarnos, la comunicación implica identidad de significados.

La significación de las expresiones depende de quienes las hayan determinado. Así, lo que para un pueblo es una palabra sagrada, para otro puede significar una ofensa. Por esta razón los lenguajes están formados por convenciones arbitrarias. Una conversación convencional es el resultado de que dos o más personas hayan construido, o acordado explícita o implícitamente, el que las palabras con que se van a comunicar mutuamente significan lo mismo, independientemente que para otros no resulte así.

Por ejemplo, cuando los chinos construyeron convencionalmente su lengua, no tuvieron en cuenta a los habitantes de la Isla de Pascua, porque con ellos no tenían por qué comunicarse. Una convención que da resultados arbitrarios, pero construye un lenguaje, surge de la necesidad de ponerse de acuerdo. Uno se pone de acuerdo con quienes le interesan, y esta necesidad surge del principio de convivencia, de la convicción de que solos no podríamos hacer lo que podemos juntos: el lenguaje es uno de los primeros hechos culturales, sociales, comunitarios.

Dentro de los conocimientos de las culturas populares y étnicas, encontramos múltiples conocimientos revestidos de un lenguaje que tiene características muy peculiares. Por ello, es importante una reflexión de mayor profundidad para dilucidar en qué consiste esta peculiaridad y de que manera se usan estos significados.

La identidad cultural y el mundo de las emociones

Las diversas manifestaciones de la cultura hace posible a los individuos vincularse emocionalmente, experimentar con profundidad lo propio y lo ajeno, a comunicarse con símbolos que tienen en sí mismos una carga afectiva, a descubrir los acontecimientos que las han suscitado. Así la cultura nos impulsa a conocer con mayor flexibilidad los sentimientos superficiales y descubrir su sentido oculto.

En la medida que la identidad cultural nos facilita o nos impide vivir nuestras emociones y a trabajar con el conocimiento que nos dan de nosotros mismos, estas mismas emociones se transforman en autócratas o amigas. Los sentimientos equivalen a un sistema interior climático y la sabiduría emocional es en cierto modo como la previsión del tiempo.

Así, la identidad cultural en un sentido profundo nos permite participar de una cosmovisión emocional a través del conocimiento de nuestras propias emociones, de su manejo, de la automotivación, del reconocer las emociones de los demás, manejar las relaciones y transformarlas.

Las habilidades emocionales pueden heredarse, son también culturales, las pautas emocionales pasan a menudo de generación en generación. Así algunas familias fomentan la expresión de los sentimientos, y otras no lo hacen. Algunas dejan que sus miembros expresen ciertas emociones, pero otras no. Por ejemplo se permite la tristeza, pero no el enojo.

En el mundo occidental, se ha elevado la razón y degradado la emoción. Una actitud occidental y europea dominante desde el siglo XVIII, aliada a los avances de la ciencia, según la cual con la lógica basta para entender las leyes del universo. Con su máxima, “pienso, luego existo”, René Descartes valora la capacidad racional por encima de cualquier otra forma de inteligencia. En Francia, el siglo XVIII es el de la ilustración, cuando se creía que el hombre podía y debía guiarse únicamente por la razón pura.

El psicoanálisis en sus inicios, continuó sobre valorando la razón. Según Freud, en el hombre actúan dos sistemas mentales, a los que llamó procesos primario y secundario. El proceso primario es ilógico y está dedicado exclusivamente a la búsqueda del placer; el secundario, en cambio, es lógico, ordenado y está en pleno contacto con la realidad. Los dos procesos corresponden más o menos al “yo” y al “ello”. Así perpetuó la idea de que la emoción, en su sentido más amplio, debe someterse al pensamiento racional.

Carl Gustav Jung, en cambio, vio que el pensamiento y el sentimiento poseen ambos una base racional. Los sentimientos son perfectamente razonables, a condición de que entendamos su lógica. Según Jung, los procesos se dividen más bien entre el juicio (pensar e sentir) y la percepción (intuir y percibir). Según su definición, la percepción es un modo de entender el mundo sin prejuicios (es decir, sin juicios previos). Tanto la intuición como la sensación son capacidades ingenuas. La intuición ve el mundo invisible, y la sensación el visible.

La aportación de Jung sobresale por el hecho de admitir al sentir y al pensar a la par de reconocer la necesidad de integrar pensar, sentir, intuir y percibir.

Aportación de la psicología y la biología

Hoy día por la información de la psicología y la biología sabemos que el cerebro humano debe entenderse a través de sus dos hemisferios: el hemisferio izquierdo controla las actividades verbales, analíticas, racionales, conceptuales y lineales. El hemisferio derecho controla las actividades no-verbales, imaginativas, espaciales, intuitivas y de percepción.

Paralelamente, la investigación de dos zonas específicas del cerebro, la amígdala y el neocórtex ha arrojado mayor luz sobre la relación entre la razón y la emoción. La amígdala, o cerebro emocional, es más primitiva, mientras que el neocórtex, el cerebro racional, es casi un recién llegado en la evolución y sólo se encuentra en los mamíferos.

La amígdala actúa, al parecer, como una especie de centinela psicológico y es la responsable de nuestros actos impulsivos, y en ocasiones nuestro salvavidas. Cuando nos encolerizamos o nos alejamos de un peligro inminente, la amígdala trabaja a nuestro favor. El neocórtex, en cambio, nos permite tener sentimientos sobre los sentimientos, mantener relaciones y reflexionar sobre lo que ocurre en el plano emocional.

Si la amígdala funciona sin el neocórtex podemos perder el control y, en caso extremo matar a alguien. Pero si el neocórtex actúa sin la pasión de la amígdala, la vida palidece.

El sentimiento emocional correspondiente, sea placentero o doloroso, nos permite anticipar la actividad propuesta. Así paradójicamente, las emociones constituyen la base de las acciones racionales. La actividad creativa y las identidades del ser humano, se expresan a través de la combinación de estas dos capacidades humanas.

Milan Kundera nos da una pista de esta relación dinámica de la identidad cultural:

En griego, “regreso” se dice *nostos*. *Algos* significa “sufrimiento”. La nostalgia es, pues, el sufrimiento causado por el deseo incumplido de regresar (...) Los alemanes emplean pocas veces la palabra nostalgia en su forma griega y prefieren decir *sehnsucht*: deseo de lo que está ausente; pero *sehnsucht* puede aludir tanto a lo que fue como a lo que nunca ha sido, por lo que no implica necesariamente la idea de *nostos*, de regreso.

La identidad cultural, vista así, es el movimiento cognitivo que se debate entre la experiencia de optar entre *sehnsuch* (*lo que esta ausente*) y *nostos* (*la idea del regreso*), y finalmente algunas sucumbían a *algos* (*el sufrimiento*) La identidad es evidente frente al otro, a la persona o a la cultura que es diferente a mí o a mi comunidad cultural.

Aprender a través de las emociones

Las emociones son grandes maestras, nos enseñan sobre todo a través del sufrimiento y del deleite. Tanto el sufrimiento como el deleite constituyen grandes motivadores del cambio. Las emociones proporcionan información importante acerca de lo que pensamos o sentimos (consciente o inconscientemente) del pasado, el presente y el futuro; de nuestras metas y nuestros valores más profundos (incluso los que hemos ocultado a nosotros mismos); así como de nuestro objetivo en la vida y el modo en que en última instancia definimos nuestro éxito. El patrimonio cultural así, es la simbolización de un espacio, de un tiempo, de una manera de ver el mundo.

Aunque ésta no es su única causa, la ansiedad puede revelarnos que nuestra vida no es auténtica. La ansiedad suele atacarnos en épocas que parecen ser de éxito y dicha. Cada árbol posee su propio código y cada ser humano tiene un objetivo. No podemos comprarlo o heredar este objetivo, debemos desarrollarlo nosotros mismos.

El ser humano construye a través del tiempo y de su propia socialización una particular perspectiva existencial, esto es un significado de la vida, la cual se hace manifiesta a través de valores y tabúes que construye para su propia sobrevivencia: una comunidad cultural cuenta con una historia singular de introyectos y certidumbres actualizadas. A construido culturalmente una perspectiva arquetípica y se ve constantemente alterado por una serie de estereotipos que disminuye su propia integridad.

La identidad cultural así, a través de la inteligencia emocional, sobre todo a través de las emociones negativas, nos dicen cuándo nos hemos desviado de nuestro camino. Las emociones corrigen nuestro curso y nos ayudan a llegar a nuestro destino, a nuestra propia identidad.